

LA CONCORDIA

PERIODICO OFICIAL DEL GOBIERNO DEL DEPARTAMENTO DE TAMAULIPAS.



Son obligaciones del Méxiceno :

- 1.ª Profesar la religion de su Patria, observar la Constitucion y las leyes, obedecer las autoridades. (Art. 3.º de la 1.ª ley constitucional.)

Las subscripciones á este Periódico se pagarán adelantadas en las Administraciones de rentas del Departamento á razon de cuatro rs. al mes, y se recibirá franco de porte á los foraneos. Las de esta Capital se reciben por trimestres adelantados en la Sria. del Gobierno á razon de cuatro pesos anuales.

Ciudad=Victoria, Diciembre 30 de 1837.

Núm. 31.

Del Departamento.

Gobierno del Departamento de Tamaulipas.—El Ciudadano José Antonio Quintero y Barberena Gobernador del Departamento de Tamaulipas á todos sus habitantes sabed: que la Exma. Junta Departamental de acuerdo con este Gobierno ha decretado lo siguiente.

Art. unico. La Ciudad de Villerias, que pertenecia al partido de Soto la Marina, en lo subcesivo pertenecerá al de Santa Anna de Tamaulipas.

Y para que tenga su mas exacto cumplimiento mandó se imprima publique y circule á quien corresponda. Dado en Ciudad Victoria á 18 de Diciembre de 1837.—José Antonio Quintero.—José Antonio Fernandez, Secretario.

INTERIOR.

Mexico Diciembre 13 de 1837.

Hemos oido decir á personas muy veridicas, que algunas firmas se han comprado al precio de un real, medio ó cuartilla para chinguirito: que á otros se les han presentado pliegos con otras firmas, ó en blanco, diciendoles que firmasen una esposicion pidiendo que cesara el derecho de patente y la pauta de comisos: á algunos vecinos de la Alicaiceria se les aseguró que era una peticion para que se sostituyera á su antiguo lugar y se volviera á dar culto á la imagen de Maria Santisima de Guadalupe: á otros: que era solo para contrarestar á los sansculotes, é impedir que hagan ellos la revolucion; y á muchisimos que era un cambio necesario, que estaba de acuerdo el gobierno, &c. &c. Eso se dice generalmente: y sea ó no sea cierto el todo ó parte, siempre es verdad que se desvirtúan las tales peticiones colectivas por no conocerse las firmas ni poderse asegurar si son ó no de los que se suponen, ni si las han puesto con cono-

cimiento, ni si estarán prontos á sostener el contenido de las exposiciones. . . .

Vease, pues, si tenemos razon para asentar que el derecho colectivo de peticion no puede ser licito, ni entenderse permitido, aunque las leyes constitucionales no lo prohiban expresamente.—Continuaremos otro dia.—(Diario del Gobierno General.)

Variedades.

Viage al Nevado de Toluca, por D. José

MARIA HEREDIA.

“El que quiera ver algo nuevo debajo del sol, suba á la cumbre de una verdadera montaña,” dice un escritor moderno. Hace algunos años que deseaba someter á la esperiencia tal asercion; pero obstaculos del momento, y sobre todo, la flojedad consiguiente á una salud debil y á un periodo largo de vida sedentaria, habian frustrado mis designios.

El Sr Sowkins, pintor ingles, me invitó el 1.º del corriente octubre á que le acompañara en su proxima expedicion al Nevado de Toluca, y un amigo complaciente y generoso allanó al punto las dificultades que sugeria mi pereza.

A las cuatro de la tarde salimos para la hacienda del Veladero, situada á la falda oriental del volcán, y distante cinco leguas de Toluca: allí pasamos la noche, y debimos las mayores atenciones á su administrador D. José Iniesta; á quien se sirvió recomendarnos el Sr. D. José Maria Franco.

El 2 de octubre á las seis de la mañana partimos acompañados por el Sr. Iniesta y tres ó cuatro sirvientes. La subida es al principio suave; pero muy luego se vuelve aspera y pendiente, prolongando sus vueltas y revueltas en un bosque de pinos gigantescos al parecer interminable. Como á las dos horas de marcha dejamos atras, ácia la derecha, las cumbres penascosas y perpendiculares del cerro nombrado Tepehuizco, y desde una altura igual ó superior á la de la cordillera



que divide los valles de Mexico y Toluca, distinguíamos ya por entre los arboles las cimas nevadas y magestuosas de Popocatepetl é Iztaccihuatl, cuando las sinuosidades de la vereda nos permitian mirar al oriente. La vista descansaba mas cerca sobre la parte Sudeste del valle toluqueño, desarrollando subitamente á nuestros pies como un bello panorama, con sus numerosas poblaciones y ricas sementeras, y el hermoso lago de Atenco, dorado por un sol sin nubes.

Poco despues començò á notarse menor espesura en el bosque, y una disminucion progresiva en la altura de los pinos, hasta que apenas igualaba á la de nuestras cabezas. Entonces pudimos disfrutar en toda su grandeza la vasta perspectiva que ofrecia la mitad del valle de Toluca, y el aspecto sublime de los picos altísimos y desnudos que coronan el crater del volcan, y dibujados en el azul profundo del cielo, se nos presentaban en una proximidad casi aterradora, por la extraordinaria transparencia del aire.

La disminucion de los pinos continuó con rapidez, segun sabiamos, hasta que los ultimos apenas tenian media vara de alto, ofreciendo el singular espectáculo de un bosque en miniatura. Al fin desaparecieron, quedando reducida la vegetacion á una yerba menguada y marchita, entre la cual sobresalian con frecuencia los tallos espinosos de una especie de cardo gigantesco, acaso peculiar de aquella region elevada, pues en ninguna otra parte lo habia yo visto. Tambien noté allí, por primera vez, una planta pequeña y rastrera, cuyas hojas cilíndricas terminan en lindas flores sin olor, ya rojas, ya amarillas, ya matizadas de ambos colores. Luego volví á encontrar esta misma planta florida en el fondo del crater, y entre las arenas que conducen á los picos mas elevados.

Despues de alguna dilacion, encumbramos á las diez el borde oriental del crater, que es el de mas facil acceso, por ser mucho mas bajo que el resto de la circunferencia de aquel inmenso embudo, y hallarse libre de las rocas enormes que defienden los otros lados. Allí nos apeamos, previniendo á los sirvientes nos aguardasen con los caballos junto á las lagunas que ocupan el fondo del crater, y emprendimos subir á pié hasta el pico basáltico mas elevado ácia el Sur, pasando á veces sobre la nieve cristalizada. Esta parte del viage era bien fatigosa, por la pendiente rapidísima de las alturas, y la flojedad de la arena resbaladiza que la cubre. Acaso habia tambien algun peligro; y en ciertos momentos me sobrecogia la conviccion irresistible de que el derrumbe de la arena que se precipitaba á remplazar la desalojada por nuestros piés, podia desequilibrar y despeñar sobre nosotros alguna de las rocas enormes, que parecian colgar sobre nuestras cabezas. A los diez minutos era ya grande la fatiga; mas recordé afortunadamente que el célebre Boussingault habia logrado llegar sin mucha á la cima del Chimborazo, con la precaucion de pararse un momento á cada medio minuto. Hicelo así, y logré llegar descansado á la cumbre á las once de la mañana.

Restabame subir á la cuspide del pico aislado que por allí la domina, pero muy luego tuve que abandonar la empresa. A mas de la dificultad que habia para trepar y saltar en los prismas basálticos y casi verticales que la forman, noté que á cada esfuerzo se esfoliaba copiosamente el basalto en grandes pizarras, bajo mis manos y pies. Tal situacion era bien poco segura ó agradable, para quien, como yo, solo veia por uno y otro lado profundidades y abismos inmensos. Sentéme, pues, en el angulo mas oriental que forma la base del pico, y me abandoné á la contemplacion de un espectáculo maravilloso.

El cielo sobre nuestras cabezas, perfectamente sereno, era de un bello azul oscuro, peculiar de aquella region. La luz del sol era tan debil como si se hallara

eclipsado en dos tercios de su disco, y su calor apenas era sensible. La luna, en su cuarto menguante, brillaba como plata, y á la simple vista se definian con perfecta distincion las manchas oscuras de su medio emisferio. No dudo que habria distinguido á Venus, si este hermoso planeta se hubiese encontrado algo mas distante del sol. La fuerza de los sonidos habia disminuido notablemente en aquella altura. Mi sangre circulaba con mayor velocidad, y sentia impulsos de lanzarme á los aires.

Hallabame suspenso á unas 5,230 varas sobre el mar, y á mas de 3,000 respecto de Toluca; elevado sobre los limites de la vegetacion y la vida; sentado en una peña, que probablemente soportaba por primera vez el peso de un cuerpo humano. Veíame en el fin de la gran meseta central de Anáhuac, que desde este punto baja rapidamente ácia el Sur, donde reivindica sus derechos el sol de los trópicos; y desde los velos eternos de un clima polar, dominaba con la vista las zonas templada y torrida. Mi asiento era el borde de un volcan: por todas partes percibia en rastros evidentes y tremendos la accion de un fuego apagado por el transcurso inmemorial de siglos y siglos; y en el centro de aquella escena desolada, en el horno inmenso que realizó en otros dias el Tartaro de Virgilio y el infierno de Milton, dormian bajo la luz áurea del sol dos lagos bellísimos cuyas aguas glaciales escedian en pureza y hermosura á cuantos ha soñado la imaginacion de cualquier poeta.

Al Norte se estendian los ricos valles de Toluca é Ixtlahuaca, salpicados de pequeños lagos artificiales, y numerosas poblaciones y haciendas. El gran monte conico de Jocotitlan dominaba al ultimo; y mucho mas lejos terminaba el cuadro una larga serie de atarazas. Al oriente y ácia el gran valle de Mexico, bajo un mar de vapores, entre el cual descollaban magestuosamente los montes nevados, Popocatepetl é Iztaccihuatl. Tras esas cumbres refulgentes y gloriosas, ídolos de mi fantasia, torreaban montañas tras de montañas, hasta que las mas distantes, (sin duda las de Veracruz) ocultaban sus cimas en una vasta zona de vapores, hijos remotos del Oceano. Por esto no logré distinguir al Orizaba y Cofre de Perote, aunque las cumbres mas lejanas y menos gigantesas de Oaxaca se veian con mucha claridad al Sudeste.

En esta direccion y la del Sur, se inclinaba en descenso rapido la tierra caliente, cubierta de rica verdura, erizada de montes y de precipicios, hasta que á unas cuarenta ó cincuenta leguas limitaban el horizonte las ramificaciones gigantesas de la Sierra Madre, realzadas en elevacion por la profundidad de los valles ardientes que dominan. Aquel admirable cuadro, visto desde mi altura, presentaba la imagen de un mar sólido, en que cada ola era una montaña. Al contemplarlo, me sentí arrebatado irresistiblemente á la época tenebrosa, anterior á la creacion del hombre, en que la agencia del fuego central elevó esas desigualdades enormes en la superficie del globo, aun no consolidada.

Poco despues, grandes grupos de nubes formados al Sudoeste, nos velaron aquel espectáculo, é iluminados gloriosamente por el sol, pasaron navegando con magestad á unos quinientos pies bajo de nosotros. Por los intervalos que separaban los diversos grupos, distinguimos á veces las rancherías situadas en la falda del volcán, el lago de Coatetelco, y la estremidad meridional de Tenancingo, cuya mayor parte cubria un cerro inmediato. Otras nubecillas mas ligeras subieron á estrellarse en nuestro pico, y nos cubrieron momentáneamente con la dispersion de sus vapores.

Así las ideas solemnes, inspiradas por cuadros tan sublimes, siguieron presto reflexiones graves y melancólicas. Así como se anonadan las glorias y afanes fugitivos de la debil mortalidad ante estos monumentos



indestructibles del tiempo y la naturaleza! Por primera vez habia llegado á tan estupenda altura, y es probable que no vuelva á recibir iguales impresiones en el intervalo que me separa del sepulcro.—Mi corazón, al que inflamó desde la niñez el amor noble y puro de la humanidad, ulcerado por crueles engaños y largas injusticias, siente apagarse el entusiasmo de las pasiones mas generosas, como ese volcan, cuyo cráter han transformado los siglos en depósito de nieves eternas!

Entretanto, las nubes se acumulaban en torno, y fué necesario que pensásemos en partir.—Entonces precipitamos algunos peñascos sueltos hasta el fondo del cráter: y al verlos rodar por aquella pendiente de nieve y arena, casi me arrepentí de haber profanado el reposo venerable en que habrian estado quizá treinta ó cuarenta siglos.

Antes de bajar, eché la ultima ojeada al fondo del cráter, cuyas lagunas, reflejando con el azul del cielo los colores blanco, rojo y negruzco de las arenas y cumbreras porfíricas que se elevan al rededor suyo, presentaban un aspecto verdaderamente magico.

Descendimos en ocho ó diez minutos á la orilla del lago mayor, deslizandonos por la arena sobre los talones con una sensacion de rapidéz solo comparable á la que experimentan los patinadores sobre un plano inclinado de hielo. Las aguas, agitadas por un viento Sudeste, formaban olas pigmeas, que al romperse murmurando en la playa, dejaban una ligera linea de espuma. ¡Que recuerdos, que imagenes conjuró en mi, tras once años de ausencia, aquella debil semejanza del sublime Oceano, delicia de mi niñez, y casi objeto de culto para mi juventud poetica!

Nos embarcamos en una canoa labrada de un tronco enorme, y puesta allí por disposicion del Sr. Franco; pero no logramos que los criados se aventurasen á cruzar el lago con nosotros, por la preocupacion vulgar de que su profundidad es insondable, y de que en el centro hay un vortice peligroso. Atravesamos el lago en su mayor anchura, describiendo una linea oblicua de la orilla septentrional, donde baña la aspera base de una colina de lava, que alzada en el centro del cráter, divide las dos lagunas. La que recorriamos, tiene, segun el Sr. Velazquez, 344 varas en su mayor estension, y 255 en direccion transversal. Creo que en esto hay alguna equivocacion, pues su longitud parece al menos doble de su anchura. A la simple vista le daría yo 500 varas de largo. El mismo afirma que la máxima profundidad es 12 varas; y tal resultado no me parece infalible, cuando el poco tiempo que Velazquez permaneció allí, no pudo permitirle que sondease toda la laguna, cuyo fondo es probablemente muy desigual, como formacion volcánica. En la linea que recorrí, juzgo que la profundidad no baja de 20 varas en el centro, pues á pesar de la extrema transparencia del agua, esta se ve azul, y no verde, como la del mar en los bajos. A la inmediacion de la colina mencionada, se distinguen en el fondo varias rocas enormes, despeñadas evidentemente de su altura.

Desde el centro del lago, donde esa colina cierra el horizonte al Este, se disfruta un espectáculo unico y verdaderamente sublime. Al Norte, al Sur, al Oeste, se alzan casi perpendicularmente en forma circular alturas de 800 á 1000 pies, cubiertas de arenas y cenizas blancas, azuladas, negruzcas ó rojas, en cuya pendiente cuelgan fragmentos gigantescos de lava, templos de nieve, y cuyas cimas coronan picos inaccesibles, dibujados en el cielo. Debajo yacia un lago prodigioso, cuyas aguas transparentes y profundas me recordaban las marinas, aunque flotabamos á 15,000 pies de altura sobre el nivel del Oceano.

Las orillas están cubiertas por fragmentos pequeños de piedra pomez, porfido y lava, mezclados con ara-

na, y en ellas encontramos algunos grillos, unicos seres vivientes que se nos presentaron en aquella region de solada y silenciosa. Mientras descansábamos en la base del pico meridional, habian pasado junto á nosotros algunos cuervos dando fuertes graznidos.

La Señora Franco y otras personas que visitaron estos lagos antes que nosotros, hallaron en sus aguas y orillas señales recientes de un culto supersticioso. En todos tiempos se ha buscado á la Divinidad en estos altares sublimes, que la erigió nanturaleza; aunque la ignorancia haya confundido á veces el templo con el Grande Espiritu que lo preside. No es, pues, de extrañar que los indigenas de los contornos, en su rusticidad primitiva, hayan obedecido al instinto de adorar en los altos, que es casi contemporaneo del hombre.

A la una emprendimos la vuelta al Veladero, donde llegamos á las cuatro.

Dos dias forman epoca en mis recuerdos, por haberme asociado á grandes misterios y prodigios de la naturaleza. En el ultimo subí al Nevado de Toluca: el anterior me vió inmovil, atonito, al pie de la gran catarata de Niágara.—(El Mosaico Mexicano.)

NUEVO procedimiento para libertar á los árboles frutales de los estragos de los insectos.

Cualquiera que haya poseido una huerta ó habitado en el campo, habrá tenido muy á menudo la ocasion de deplorar esa aparicion súbita de cochinillas ó de insectos de formas diversas que se derraman sobre los árboles, devoran las hojas, hacen abortar los gérmenes, y destruyen toda esperanza de cosecha. Se han buscado los medios de libertarse de este azote, y hasta ahora habian sido casi infructuosos todos los esfuerzos, cuando el empleo del polvo de cal ha parecido un remedio eficaz contra esas invasiones de los insectos. El autor de este descubrimiento, Mr. Samuel Curtis, lo describe por si mismo tan bien, que hemos resuelto dejarlo explicar.

„Mi huerta, [dice Mr. Curtis] á quien prodigo todos mis cuidados, y donde he plantado muchos millares de árboles frutales, hacia ya algunos años que iba en deterioro; en cada primavera tenia el dolor de ver devoradas por las cochinillas las hojas mas tiernas, y en mitad del estío, las ramas y los tallos presentaban el espectáculo del invierno: no tenia ni flores ni frutos, y era necesario un remedio pronto, aplicable en grande, y que por consecuencia no escogiese los cuidados de que una inteligencia ejercitada es solo capaz, y que hubiera sido imposible administrarlos á un numero tan crecido de enfermos, igualmente dignos de socorro. Habia ya reconocido la ineffectividad de las aspersiones de cal segun como las habia hecho hasta entonces; pero confieso que mis ensayos fueron quizá mal dirigidos, que las aspersiones no se practicaron con las precauciones indispensables, para que la accion del liquido se extendiera á todas las ramas de cada árbol, ó que la agua de la aspersión no estuviese suficientemente saturada de cal.

Sea como fuere, lo cierto es que ya habia desesperado de salvar á mis queridas plantas, cuando me vino á la idea ensayar el efecto de la cal viva, reducida á polvo muy fino, derramandola sobre mis pobres árboles. Imaginé al intento una especie de regadera, muy semejante al instrumento de jardineria que lleva este nombre, ó mas bien á una ampolla de grande dimension, con una asa para poderla agarrar y maniobrar sin hacer uso de las dos manos. Yo le doy un pié de altura, siete pulgadas de diámetro, y el disco, que está lleno de ahugeritos, no escede de cuatro pulgadas. Así es que el vaso puede ser compuesto de dos partes: una cilindrica, y la otra cónica, ó lo que es mejor, en forma de un cono truncado, cuya grande base tendrá siete



pulgadas de diámetro, y cuatro la menor.
 El experimento de las aspersiones de polvo, hecho con este instrumento, produjo un efecto que satisfizo mi esperanza. Aproveché el momento en que las hojas comienzan a desenvolverse, y las hice polvorear de cal viva, con gran daño de las cochinillas, que ya no las tocaron. ¡Cuanto fué mi placer al decidirse la victoria por mi parte, viendo la huida precipitada de las cochinillas que conservaban todavía algún vigor, y los cadáveres amontonados de las que habían perecido! En poco tiempo volvieron á tomar mis árboles nuevo aspecto de vida, lo que no me impidió continuar mis aspersiones de polvo. En fin, tuve la satisfacción de ver mis árboles adornados de una hermosa verdura, y de hacer una cosecha que fué para mí propio un objeto de admiración, porque no estaba acostumbrado á esta liberalidad de la naturaleza.

A fin de que el polvo de cal viva sobre los árboles produzca todo su efecto, es necesario aprovechar el momento en que los tallos, las ramas y el follage, estén humedecidos por el rocío ó por la lluvia. Se logra mejor la operacion, cuando un viento muy suave lleva el polvo en una direccion tal, que la aspersión vaya donde quiera que se tiene necesidad de la acción de la cal, y cuando todas las circunstancias son favorables, tres obreros son bastante para polvorear en un solo día, dos ó tres mil pies de árboles.

Yo hago regar la cal sobre los mios, un poco antes de la expansion de las flores, porque los insectos destructores de los frutos, comienzan desde esta época sus estragos, pues si se espera á hacerlo mas tarde, quizá no será tiempo de evitarlos. Despues de la expansion de las flores, una ó dos aspersiones harán todavía mucho bien, y el gasto que en todo se haga, aseguro que será completamente indemnizado con la magnífica apariencia de la huerta, y con una cosecha mas cierta y mas abundante. [Mosaique.]

Encage fabricado por las orugas.

Una manufactura de una especie muy particular ha establecido recientemente un sugeto ingenioso, residente en Munich: es un tegido de encages y de velos, ejecutados en un todo por las orugas. He aqui el procedimiento que emplea.

Hace una pasta con las hojas de que se alimentan las orugas, y la estiende en capa muy delgada sobre una piedra, ó cualquiera otra substancia bien unida y compacta: luego moja un pincel en aceite de olivo, y dibuja las partes que han de quedar caladas. La piedra debe ponerse en una posición inclinada, colocándose abajo un número considerable de orugas, escogidas de una especie particular que produce un hilo muy fuerte. Estos insectos se comen toda la pasta que se halla extendida sobre la piedra, y van subiendo á la parte alta, evitando cuidadosamente de tocar al aceite: siguen hilando ácia delante, y entrelazando sus hilos, forman un magnífico encage de un tegido muy fino, y de una fuerza admirable. Un velo de 26½ pulgadas de largo sobre 17 de ancho, solo pesa 1½ granos; y 9 pies cuadrados de este tegido, pesan 4½ granos. La misma superficie en gaza de seda, pesaba 137 granos, y el encage comun muy fino, 262½ granos. (Magasin Pittoresque)

Se ha calculado que de los cincuenta y dos millones de fanegas de sembradura, que forman la superficie de la Francia, mas de veinte y tres millones, son de tierras laborables, cinco millones y seiscientos mil en bosques, y dos millones en viñas, quedando lo demas destinado al cultivo de las moreras, de los olivos, y de los frutos de toda especie.

El sabio vive eternamente despues de su muerte, por obstante que sus miembros, ocultos bajo el sepulcro están reducidos á polvo. El ignorante está muerto aunque ande todavía sobre la tierra: él se cuenta, sin duda, entre los vivos, pero ciertamente no existe. (Traducción del Arabe M P)

MISCELANEA.

FABULA POLITICA.

LA ESCALERA DE MANO Y EL FAROLERO.

Cierta noche, ya á deshora,
 En su cuarto un serenero
 Escuchaba grandes voces,
 Cuando él solo estaba dentro.
 Levantose de la cama,
 Juzgando que fuese sueño,
 Pero cada vez mas claros
 Oía distintos écos:
 ¡Como no habia de oírlos,
 Si estaban muy descompuestos!
 De su escalera portátil
 Los escalones riendo!
 Paróse absorto á esducharlos,
 Y entendió que los primeros
 A los últimos, decian:
 Vosotros, sois los plebeyos;
 Que nosotros, por mas nobles,
 Ocupamos alto puesto.
 Riéndose los de abajo,
 Respondieron: ¡Bueno es eso!
 ¡Pue- de la misma madera
 No hemos sido todos hechos?
 Ya, respondian los otros,
 Mas porque sucios no estemos,
 Siempre el amo sus zapatos
 Limpia en vosotros primero.
 Si no fuéramos nosotros
 De esta máquina sustento
 (Los últimos replicaban)
 No hablaríais así, soberbios,
 Porque seríais tal vez,
 Carbon destinado al fuego.
 Dispúsole la fortuna
 (Contestabanles aquellos)
 Y siempre sobre vosotros,
 Mas que os pese, estar debemos;
 De tan futil arrogancia
 Insignose el serenero,
 Y acercandose al rincon,
 Y la escalera cojiendo,
 Puso lo de abajo arriba,
 Y les dijo: Caballeros,
 A dormir, que en adelante
 Han de ser, voto á mi abuelo,
 Los que eran, primeros, últimos,
 Y los últimos, primeros.
 Cada clase un escalon
 En las republicas es,
 No se olvide la leccion
 De la escalera al revés
 En cualquier revolucion.—Plagio.

AVISO.

EN esta Imprenta se ejecutan con prontitud las órdenes para toda clase de obras de impresion.

Imprenta del Gobierno dirigida por Francisco Garcia.

